



**Los caballeros
las prefieren rubias**

Ruth Taylor Ford Sterling



LA NOVELA PARAMOUNT

Publicación semanal de Argumentos de Películas
de la marca

Año II

N.º 68

PARAMOUNT

25

Cts.

EDICIONES BISTAGNE

PASAJE DE LA PAZ, 10 BIS — BARCELONA

GENTLEMEN PREFER BLONDES 1928

LOS CABALLEROS LAS PREFIEREN RUBIAS

Producción basada en la famosa novela de este
mismo título de ANITA LOOS y en la comedia
de ANITA LOOS y JOHN EMERSOM



Es un film PARAMOUNT

Distribuido por

PARAMOUNT FILMS, S. A.

LOS CABALLEROS LAS PREFIEREN RUBIAS

Argumento de la Película

Lorelei era la nieta de un minero, un hombre que después de haber trabajado infructuosamente buscando oro, había acabado por retirarse a una granja agrícola.

La rubia muchacha sentía en su corazón los mismos anhelos que en algún tiempo atormentaron a su padre.

Era una enamorada del oro, de las piedras preciosas, del lujo. Y toda su ilusión juvenil consistía en casarse con un millonario.

Dos de los más ricos jóvenes del pueblo la pretendían y para demostrarle su cariño le regalaron un alfiler de brillantes y un brazalete. Ella aceptó, emocionada, el obsequio.

El padre, desde una ventana contemplaba la escena y dijo sonriente:

—¡No se puede negar que es descendiente de un minero! Siente el afán del oro... ¡Ah! cuando mi hija haya terminado sus estudios en el colegio será la dueña y señora de todo Little Rich.

Y como el minero deseaba que Lorelei fuera una verdadera señorita la mandó a uno de los colegios de la ciudad. Allí completaría su educación y sus conocimientos.

Poco después Lorelei ingresaba en el Colegio Mercantil de Little Rich donde se garantizaba el éxito.

Durante los primeros ocho días aprendió la máquina y la taquigrafía.

Sus ejercicios mecanográficos consistían en copiar siempre la misma palabra: Dólares.

Esto era su obsesión.

Una mañana se presentó en el colegio un comerciante, el señor Jennings, que andaba buscando una secretaria.

Contempló a las diferentes muchachas de la academia y... como los caballeros las prefieren rubias... Lorelei le pareció la más interesante.

Inmediatamente la propuso ir a su oficina.

Ella se excusó:

—Mister Jennings, no hace más que ocho días que estoy aquí aun no he terminado el curso...

—Yo le ayudaré a terminar el curso en mi oficina...

—Si es así...

Y como se fijara en que Jennings llevaba un precioso anillo de brillantes, aceptó encantada la proposición.

Y a partir del siguiente día comenzó su vida comercial al lado de Jennings.

El le dictaba cartas... y ella contemplaba en-

tusiasmada las joyas, toda la riqueza de que él hacía ostentación.

El comerciante le había regalado varias cosas... y Lorelei lo aceptaba todo como recuerdo.

Finalmente fué novia de él y aunque guardando delicadamente la flor de su honradez, no supo tampoco negarse a un beso...

Jennings le había prometido casarse cuanto antes...

Pero un día, Lorelei se dió cuenta de que mister Jennings no pertenecía a la clase de caballeros en quienes las muchachas pueden confiar.

Encontró al comerciante en su casa besando a otra mujer.

La joven se sintió cegada por los celos.

—¡Oh, mister Jennings! —gritó.

Perdió casi la noción de las cosas. Vió en una mesa un revólver y de modo inconsciente lo cogió y disparó contra el burlador.

Jennings dió un grito y cayó muerto...

Y la ingenua flor del campo contempló como loca lo que acababa de hacer.

Pasaron varias semanas...

Celebróse la causa ante el Tribunal.

El jurado escuchaba devotamente a la muchacha:

—...y después perdí por completo la noción de todo —decía ella—. Y cuando volví en mi conocimiento me encontré con un revólver en la mano... Y aquel revólver parece ser que mató a mister Jennings.

Su aire era tan inocente que conmovió a to-

dós... hasta al mismo presidente... Y fué así como el Jurado, legión de hombres sentimentales, dictó un veredicto de inculpabilidad.

Lorelei mostró una alegría loca al enterarse de su absolución.

El presidente del Tribunal le dijo, sonriente:

—Desearía hablar dos palabras con usted en mi despacho particular.

Fueron a él y el magistrado dijo:

—Lo que le pasó, señorita, debería ser llevado a la pantalla cinematográfica para que sirviese de advertencia a nuestras jovencitas contra esa clase de hombres...

—Me gustaría ir a Hollywood a hacer una película, pero, como no tengo dinero para el pasaje...

—Por éso no se preocupe. Yo se lo proporciono de buen grado.

Y el magistrado le entregó unos billetes y la ambiciosa joven partió hacia la Meca cinematográfica.

* * *

El tren la condujo a Hollywood.

Durante el trayecto, Lorelei estuvo sentada largo rato en la plataforma. Un caballero tomó asiento a su lado y comenzó a importunarla con sus miradas y sus gestos.

La joven estaba nerviosa...

Otro señor sentóse a su derecha y sonrió a la bella.

Lorelei impaciente, se arrancó uno de los botones de la blusa. El señor de la derecha se apresuró a recogerlo y luego de examinarlo, se lo devolvió acompañado de una tarjeta...

—Este botón es de mi fábrica — dijo.

Lorelei le dió las gracias y leyó la tarjeta:

Gus Eisman

El rey de los botones

Eisman era hombre de mediana edad, simpático y de aspecto bonachón.

El otro sujeto alejóse refunfuñando. Y Eisman dijo entonces:

—Ya he visto que ese sujeto la estaba molestando... No dirija nunca la palabra en los trenes a hombres que no conozca.

—Sí... ya sé... hay hombres muy atrevidos. Y ese individuo es precisamente mi vecino de sleeping.

—¡Caramba!

—Ya sé que no podré pegar los ojos en toda la noche... Le tengo miedo.

—¿Por qué no se cambia a mi departamento particular?

La joven aceptó y Lorelei pasó la noche en el gabinete independiente, mientras Eisman ocupó una cama bajo la del supuesto tenorio...

Este al darse cuenta del cambio, frunció el ceño. ¡Tenía ganas de estrangular al intruso!

Al día siguiente llegaron a Hollywood.

Lorelei se hizo muy amiga del rey de los bo-

tones. ¡Era tan bondadoso, tan cordial este señor! Con gran alegría continuaría su amistad...

Se despidieron.

Su carrera en el cine no fué ciertamente muy brillante, pues después de grandes esfuerzos no pasó de "extra" en un drama de cowboys.

¡Un papel tan insignificante! ¡Y luego tener que levantarse cada día a las seis y media de la mañana!

Una de aquellas mañanas encontró a su amigo Eisman, el rey de los botones, a quien expuso sus quejas.

—¡Qué terrible es, señor Eisman, eso de levantarse temprano cada día!

—Una jovencita elegante como usted no debería trabajar de tan triste modo en el cine.

—¿Qué hacer? ¡Yo soy pobre!

—Lo que usted debería hacer es ir a educarse en Nueva York.

—¡Esto es un sueño!

—¡No... no! ¡Venga conmigo! La considero a usted como una hija... y me gustará protegerla. Iremos a Nueva York.

Y ella que creía en la honradez de aquel hombre marchó con él a la gran capital.

Fueron a casa de otra muchacha, una chica independiente y elegante muy metidita en la sociedad.

—Le presento a Dorotea. Ella hará de usted una mujer de alto mundo.

Dorotea era una muchacha bonita y pronto simpatizó con su discípula.

—He venido a Nueva York a educarme —

—dijo Lorelei—, pero no sé adónde ir a comprar nada...

—No se apure, hijita, y estése conmigo... No hay institución educativa en Nueva York que yo no conozca...

Y desde aquel día, Dorotea se encargó de hacer de su discípula una muchacha elegantísima, una verdadera "niña bien".

Una tarde, Eisman acompañó a las dos muchachas a casa de un gran modisto.

Lorelei adquirió un traje precioso y Eisman le dijo:

—Me gusta el modelo porque hay muchos botones...

Después quiso comprar un rico abrigo, pero Eisman vió la etiqueta del precio y se horrorizó.

¡Seis mil dólares! ¡Era demasiado caro!

—Aun no hace frío para pieles — dijo a Lorelei—. ¡No te lo compres!

—¡Oh, papaíto! — repuso la muchacha, sonriente.

—¡Una no sabe nunca cuándo nevará en Nueva York! — advirtió Dorotea.

—¡Oh, papaíto! — volvió a decir Lorelei.

Y el rey de los botones que tenía un corazón de padrazo y que consideraba a aquella muchacha como una hija, acabó por comprarle el abrigo.

Lorelei estaba contenta de haber nacido... ¡Qué lujo, qué riqueza la rodeaba!

¡Oh, el bueno de señor Eisman! ¡No había ser más amable en la tierra!

Una mañana las dos amigas mientras toma-

ban el desayuno, leían la prensa. Dorotea dijo mostrando una revista a Lorelei:

—He ahí un partido excelente para cualquier chica... Henry Spoffard.

Lorelei vió el retrato de un hombre ya de treinta y cinco años y leyó estas líneas:

HENRY SPOFFARD

EL SOLTERO MÁS RICO DE NORTEAMÉRICA

Deseoso de hallar un remedio contra la inmoralidad que se hace cada día más patente entre los norteamericanos que visitan Europa, Mr. Spoffard partirá para Londres y París el próximo miércoles en el "Majestic" con el objeto de estudiar la situación sobre el terreno.

—¡Quién pudiera cazarlo para ser millonaria! — suspiró Lorelei.

—Esto no te iría mal... Y un viaje a Europa debe ser provechoso para cualquier muchacha...

Cuando llegó el señor Eisman, Lorelei le expuso claramente su deseo:

—¡Papaíto, quiero pedirte un favor!... Me parece que un viaje a Europa me sería de gran provecho para completar mi educación...

—¡Qué locura!

—¡Papaíto!... ¡En Nueva York no me queda ya nada por aprender!

—A Europa no podrías ir sola...

—Dorotea podría ser mi doncella de compañía...

—¡Ja... ja... ja!

—¿Por qué no he de poder ser yo una don-

cella de esas? — dijo la aludida, ofendida.

—Costaría un dineral. Los botones no dan para tanto.

—¡Papaíto! ¡Papaíto! — suplicó Lorelei acariciando al viejo.

Pero éste rechazó aquellas manos con un golpe seco.

Lorelei se puso a llorar.

—¡Me has pegado! ¡Nunca lo hubiera creído! ¡Ah, papaíto, papaíto!

El rey de los botones tenía un gran corazón... Aquella mujercita era para él como una hija... y no quería verla sufrir.

Bien, le pagaría su viaje a América.

Y Lorelei, loca de contento le llenó de abrazos y caricias hasta cansarse...

* * *

El miércoles embarcaban para Europa Lorelei y su amiga Dorotea.

Los primeros días el mar estuvo en completa calma.

Las dos amigas se sentaron una mañana en la cubierta. Un oficial de a bordo acercóse a Lorelei y le dijo:

—Accediendo a sus deseos, le he puesto la silla al lado de los Spoffard, señorita.

—Gracias...

No tardó en aparecer el famoso millonario

soltero. Sentóse al lado de Lorelei. Iban con él una señora vieja, provista de una trompetilla, pues era sorda como una campana, y otra dama que tenía el aspecto de señora de compañía.



—Costaría un dineral. Los botones no dan para tanto.

Lorelei quiso trabar conversación con el millonario que se enfrascó en la lectura de una revista.

—¿Verdad que está muy azul hoy el Océano? — le preguntó.

—¡Muy azul! — repuso Spoffard, distraído.
 —Dios quiera que no haya tempestad.
 —¡Ojalá se mantenga en calma como ahora!

Y siguió examinando el legajo de revistas sobre las que había un papel con esta inscripción:

Publicaciones perniciosas para examinar

Transcurrió un cuarto de hora.

De pronto las olas comenzaron a agitarse y Lorelei dijo sonriente:

—Parece que el mar se pone tempestuoso.

—¡Sí... ya lo notaba! ¡Me encuentro mareado!...

Y alejóse hacia su camarote con gran rapidez, seguido de la dama de compañía.

—¡Me parece que voló el pájaro! — dijo Dorotea, riendo.

—¡Quizás no! — contestó Lorelei.

Y acercóse a la señora de la trompetilla que sospechó era la madre de Spoffard y le preguntó:

—Su hijo está mareado, ¿verdad?

—Se marea en cuanto pone los pies en un buque.

La vieja contempló unas flores que llevaba Lorelei sobre el pecho y dijo:

—¡Qué bonitas son estas orquídeas!

—¡Se las regalo!

La dama suspiró alegremente y dijo:

—Ah, Miss Chapman dice que soy muy vieja para orquídeas!...

—¡Quién es Miss Chapman?

—Mi señora de compañía. La que estaba ahí hace poco...

Reapareció en aquel instante Miss Chapman y obligó a la anciana a marchar con ella.

Las dos muchachas quedaron sonrientes en sus sillones. ¿Tendría algún éxito Lorelei en



—*Parece que el mar se pone tempestuoso.*

la conquista del hombre de dinero?

Acertó a pasar ante ellas un hombre ya entrado en años, muy grueso, quien sonrió a Lorelei.

Esta llamó a un oficial y preguntó:

—¿Quién es ese peregrino apasionado?

—Es Sir Francis Beekman, uno de los hom-

bres más ricos de Inglaterra.

—He oído hablar de él — dijo Dorotea—. Es uno de los tacaños más grandes del mundo.

—¿Sí?

—En Londres dicen que cada vez que gasta un chelín la guardia real dispara una salva.

—Sería curioso que una muchacha como yo le educase en el arte de gastar dinero.

Momentos después volvía a pasar ante las dos muchachas el señor Beekman, pero esta vez acompañado de una mujer, vestida de modo anticuado.

—Hace una hora que te ando buscando por todas partes... — le decía ella.

—Pues mira, hija, no he salido del vapor desde que nos embarcamos...

Beekman se alejó, serio y grave, pero volvióse un instante para sonreír a la bella americana.

Lorelei volvió a preguntar al oficial quién era la acompañante de Beekman.

—¡Su mujer! — le aclaró.

—Lorelei — le dijo Dorotea—. Será mejor que olvides a ese inglés y te dediques exclusivamente a conquistar a Henry Spoffard.

—En algo hay que matar el tiempo mientras le pasa el mareo a Spoffard — dijo la rubia y traviesa criatura.

Y Lorelei comenzó a hacer de las suyas.

El pobre Spoffard se veía obligado a guardar cama y el médico le aconsejaba en vista de su persistente mareo que no se moviera hasta llegar a Chemburgo.

Lorelei quiso aprovechar la travesía... y di-

vertirse a costa de la tacañería de Beekman.

Fué a la florista del barco y encargó un ramo.

—Haga el favor de mandarlo a mi camarote dentro de quince minutos... — dijo.

Y con su amiga Dorotea se dirigió a su cámara. Antes rogó a un oficial avisase al señor Beekman.

El oficial habló con el rico inglés.

—La señorita Lorelei desea verle — dijo.

Y el atlético caballero, que prefería también a las rubias, entusiasmado ante la idea de una conquista, se dirigió hacia aquel camarote.

Allí Dorotea le decía a su amiga:

—¿Cómo es posible que habiendo a bordo tantos caballeros como Dios manda, pierdas el tiempo con un tío avaro como Beekman?

—Gastar dinero es una costumbre como otra cualquiera y si yo pudiese acostumbrar a Beekman a gastarlo, es posible que el hombre dejase de ser avaro.

Entró Francis Beekman.

—¡Bienvenido! — le dijo Lorelei—. Me será muy grata su compañía...

—¡Estoy encantado! — dijo él a tiempo que viendo unos cigarrillos sobre la mesa, agregaba con un gesto de avaricia:

—¡Caramba! ¡Son como los que yo fumo!... Si usted me lo permite llenaré mi cigarrera...

—¿Por qué no? Tome todos los que quiera con tal que me deje los cupones—dijo Lorelei.

Entró un camarero, ya advertido antes, con unas copas de champaña. Las dos muchachas tomaron las suyas y también Beekman saboreó

el delicioso líquido. El camarero entregándole un papel dijo al inglés:

—¿Quiere usted hacer el favor de firmar el vale para la cantina?

La idea de pagar desesperó al gran tacaño...

Lorelei, sonriente, no quiso apurar las cosas.

—¿Tiene usted un lápiz, mister Beekman?

—le dijo.

—¡Tome!

Y él consintió en que la mujer firmase el cargo de la bebida...

Contento por no haber tenido que pagar nada, Beekman brindó:

—¡Por la salud de la hermosa que tan espléndidamente nos regala!

—¡Qué espléndido es mister Beekman... para los piropos! — dijo Dorotea, maliciosa.

Luego Lorelei y su amigo fueron a sentarse en un diván.

Entró una camarera con una caja de flores.

—Esto para usted, señorita Lorelei..

La joven destapó la caja que ella misma había comprado. Y aspirando las flores, dijo riendo y amenazando con un dedo a Beekman:

—¡Oh, mister Beekman!... ¡Usted es quien las manda!

—¡No... no!

—¡Vaya! A bordo no hoy otra persona tan amable como usted para mandar orquídeas a una muchacha...

Esta vez Beekman se turbó no osando confesar la verdad.

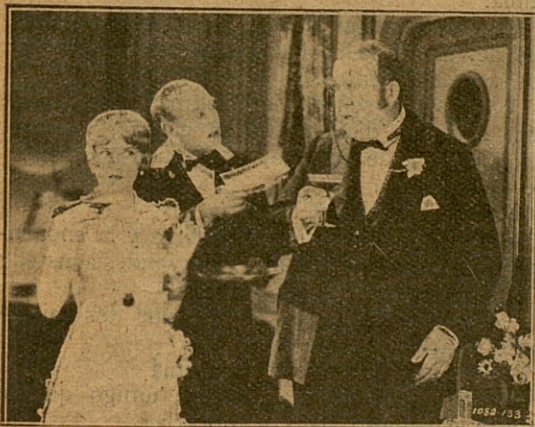
—Si admite que usted me las mandó, no me

quedará más remedio que darle las gracias con un beso... — dijo ella, con ingenuidad.

Estas palabras trastornaron a Beekman y mintió:

—Lo hice meramente para complacerla a usted, queridita...

—¡Qué complaciente!



—¿Quiere usted hacerme el favor de firmarme el vale...?

Ella le dió un suave beso en las mejillas que a Beekman le supo a gloria.

Poco a poco aquella muchacha se apoderaba de su voluntad.

—Quiero que me prometa que en lo futuro no gastará usted tanto dinero... como no sea para comprarme orquídeas...

—Sí... sí... — contestaba el inglés turbado.

—Cuando quiera regalarme algo, quisiera que fuese una cosa que no se marchitara como las flores...

Beekman se despidió de aquella muchacha, casi convertido en otro hombre. Su pertinaz tacañería desaparecía ante la dulce jovencita rubia.

Una de aquellas noches en el salón de fiestas del buque, Dorotea y Lorelei comentaban los acontecimientos.

Vieron a la señora de Beekman que llevaba una hermosa diadema en la cabeza, y Lorelei, pletórica de audacia, se dispuso a divertirse de lo lindo.

Acercóse a ella y le dijo:

—Estaba admirando su diadema y la encuentro muy hermosa, señora. ¿La vendería usted? ¿Cuánto pediría usted por ella?

—Si le gusta se la venderé por dos mil libras esterlinas...

—¿Es mucho dinero para mí!

—¿No tiene algún caballero amigo que le preste el dinero para comprarla?

—¿Quizás! ¿Quién sabe! — dijo Lorelei, riendo.

Y recordó al señor Beekman a quien ella sacaba de quicio. Sería una jugarreta estupenda el comprar la diadema de la mujer con el dinero del marido...

Alejóse de allí y salió al encuentro de Beekman que llevaba uniforme de marino.

—¡Oh, mister Beekman! — dijo, sonriente—. ¡Qué simpático está usted con este uniforme!

Fueron a pasear por la cubierta y ella siguió diciéndole con emoción:

—Está usted tan estupendo que a su lado parezco una verdadera insignificancia.

—¡No diga tonterías!... ¡Usted está siempre hermosa!

—Me avergonzaría de ir a su lado en Londres si no pudiese lucir, por lo menos, una diadema de brillantes.

—¡Oh, qué capricho!

—Si usted quisiera... — dijo, mimosa, insinuante—. Precisamente sé dónde puedo conseguir una diadema preciosísima a un precio que es una verdadera ganga.

Y aunque el inglés se resistió a comprar la diadema, fueron tantos los arrumacos de la supuesta enamorada, que Beekman acabó por ceder y le entregó las dos mil libras esterlinas de su importe.

Velozmente, loca de alegría, por su victoria, Lorelei corrió a ver a la señora Beekman, entregándole el dinero, a cambio de la preciada joya.

—¿Lo pidió usted prestado? — dijo la ingenua dama.

—Sí...

—No hay duda de que es usted lista...

Cuando la señora se alejó las dos muchachas rieron alegremente la jugada.

—¡Si esa buena señora supiese de dónde salió el dinero!

El trasatlántico llegó al puerto de Cherburgo.

Los pasajeros preparaban febrilmente sus equipajes para desembarcar.

Beekman, loco de ilusión, llamó al camarote de las muchachas, pero éstas no respondieron y el inglés tuvo que ir a reunirse con su esposa.

¡Ignoraba por completo aquella combinación maquiavélica de la diadema!

—¡Ese viejo tonto se imagina que tenemos el mal gusto de ir con él a Londres! — dijo Lorelei.

Cuando el matrimonio inglés hubo desembarcado, lo hicieron libres y entusiasmadas las dos muchachas...

También marchó con su gente el millonario Spoffard, mareado durante toda la travesía...

* * *

París es una cosa divina. Esto pensaban las dos amigas al pisar las calles de la maravillosa ciudad.

Dorotea había estado ya en París, pero Lorelei era la primera vez que lo visitaba.

Todo le sorprendía, todo le admiraba con el entusiasmo de la novedad.

Un día pasaron ante un restorán de donde salía un olor desagradable.

—Es un restorán — explicó Dorotea —, pero no hay que entrar en él... Sirven un pescado que hace medio siglo que salió del mar.

Lorelei comenzó una tarde la conquista de Henry Spoffard enviándole esta carta:

Muy apreciado señor:

He sorprendido a un individuo vendiendo revistas a los americanos en plena calle. Estoy en el Ritz. ¿Le sería a usted posible pasar a verme a mi habitación para enseñarle los "magazines" pecaminosos e impedir su venta? Su amiga y compañera del "Majestic".

Lorelei Lee.

Cuando aquella tarde, las dos muchachas esperaban recibir la visita del millonario, fueron sorprendidas por la presencia del señor Beekman que fué a verlas muy campante.

—¡En Londres me dijeron que estaba usted en París... y aquí he venido! — dijo el inglés sonriente.

—¡Me alegro que haya llegado! — respondió Lorelei—. Así podremos recibir unos paquetes que nos mandan para pagar al ser entregados.

Beekman tembló. ¿Un nuevo gasto?

—¡Me marchó en seguida! Tengo una cita importantísima! — dijo, egoísta.

Y salió prometiéndole volver más tarde. Tenía miedo... a desembolsar dinero.

Una hora después llegó el señor Spoffard, y Lorelei le colmó de atenciones.

La muchacha le mostró varias revistas haciendo ver que era una gran defensora de la moralidad y que quería ayudar al millonario en su obra de sanidad social.

Y cerca de él le miraba dulcemente, deseando enamorar a aquel hombre cuyos millones le emocionaban.

Llamaron a la puerta y la joven asustada rogó a Spoffard tuviera la bondad de retirarse a una estancia cercana.

Y quien llegó fué la señora Beekman... Mirando a las dos amigas hizo un gesto de desprecio y luego dijo:

—He averiguado que valiéndose de sus artimañas escamotearon ustedes la diadema a mi marido... y he venido a buscarla.

Lorelei intentó negar a su modo.

—No sé de qué está usted hablando, señora... Además, no quiero devolverla.

—¿Conque no quiere devolverla?... Pues la demandaré a usted ante los Tribunales de Justicia para vergüenza suya...

Dorotea intentó defender a su amiga, pero la señora Beekman mantuvo su actitud airada:

—Demostraré ante el juez que ejercieron ustedes influencia perniciosa contra mi marido... Ahora mi esposo se encuentra en Escocia, pero cuando regrese ya le enseñaré a conocer la clase de gente con que se ha relacionado.

Abrióse la puerta y apareció de nuevo el señor Beekman que, volviendo sobre su acuerdo, estaba dispuesto a pagarlo todo con tal de permanecer al lado Lorelei.

Su sorpresa fué inanerable al encontrarse allí a su esposa.

—¿Conque es así cómo fuiste tú a Escocia a cazar venados? — le gritó ella—. ¡Ah, valiente pillo! ¿Cómo tuviste el valor de comprarle mi diadema con nuestro dinero?

—¿Tu diadema? ¿Será posible que aquella diadema que le compré fuese la tuya?

Y Lorelei se reía, satisfechísima de la broma.

Los dos esposos se alejaron, enfurecidos, no sin que antes dijese la mujer:

—Jovencita, voy a mandar a mi procurador para que se entienda con usted.

Cuando ambos hubieron abandonado la estancia, salió el señor Spoffard de su escondite.

Lorelei se sentó al lado de su amigo a quien dijo:

—Usted perdone lo que ha ocurrido. Ahora soy con usted... Le agradeceré que examine esas revistas...

—¡Sí... sí! Quiero investigar con calma su contenido.

Estuvieron charlando aún largo rato hasta que de nuevo llamaron a la puerta y las dos muchachas, temerosas de comprometerse, rogaron al señor Spoffard tuviera la amabilidad de pasar a la habitación de al lado.

Poco después entraba un caballero de negra barba quien dijo mirándolas furiosamente:

—Vengo por la diadema que le robó a mi cliente, Lady Beekman... Soy su procurador... Los extranjeros en la bella Francia son sagrados... Sus derechos son respetados por nuestro gobierno que se adhiere estrictamente a los principios de la libertad, igualdad y fraternidad.

—¡Ese hombre es capaz de cantarnos la Marsellesa! — dijo Dorotea, riendo.

—Yo no devuelvo la diadema, ¿lo oye usted? no la devuelvo — dijo Lorelei.

—¡Voy a llamar a la policía!

Pero quien entró fué un joven muy peripuesto quien abrazó al procurador, diciéndole:

—¡Hola, papá!...

—¡Hola, hijito!... Mira, estas son las dos mujeres que le robaron la diadema a Lady Beekman.

—¡Qué bonitas son! — dijo el joven contemplándolas de modo devorador.

—¡No están mal! — dijo el padre, sonriente.

—Oye, ¿por qué no llevamos a estas americanas tan lindas al Folies Bergère?

—¡Tienes razón... Cargaremos el precio de las entradas a la cuenta de gastos de lady Beekman... — dijo el procurador.

Un cuarto de hora después se habían convertido en los mejores amigos de las muchachas quienes prometieron ir con ellos a algún cabaret.

Lorelei estaba encantada de la facilidad con que les había vencido. Se despidieron. Al salir ella les dijo:

—¿Verdad que no volverá a molestarnos con el asunto de la diadema?

—¡No... no... ni una palabra!

Cuando salieron, el millonario Spoffard apareció en la estancia. Lorelei volvió a excusarse.

—Tengo grandes deseos de hablar largo con usted sobre el asunto de los "magazines" — le dijo él—. ¿Le gustaría a usted cooperar conmigo en mis investigaciones sobre el terreno?

—Sería para mí un gran placer visitar París en su compañía. Recibiría una lección sobre moralidad pública inapreciable... — respondió Lorelei.

—¡Iremos juntos! ¡Qué bien! — exclamó el millonario.

—¿No le parece que sería una cosa admira-



—Quiero investigar con calma su contenido.

ble que usted y yo moralizásemos París?

—Tengo una lista de lugares sospechosos que sería preciso visitar...

—Yo dedicaré a usted toda la semana — dijo Lorelei, desando ir penetrando en la vida de aquel hombre por si lograba cazarle.

Marchó el cándido millonario y las dos muchachas quedaron comentando sus anhelos de victoria.

Su conversación fué interrumpida por la llamada del teléfono. Lorelei se puso al aparato y escuchó:

—¡Soy Eisman! ¡En seguida subo!

Dejó el teléfono y miró desconsolada a su amiga. ¡El rey de los botones estaba allí! ¡El padrecito!

—Eisman está abajo, y dice que sube en seguida... — dijo desconsolada.

—¡Y nosotras sin enterarnos! — contestó Dorotea—. ¿No te dije que hacías mal en no abrir sus cablegramas?

Abrieron nerviosamente el último cable recibido que decía así:

*Miss Lorelei Lee, a bordo del "Majestic".
Salgo en el "Homer".*

Papaíto

—¡Esto me estropeará la combinación con Spoffard! — dijo la rubia Lorelei.

—¡Es indudable!...

—¿De qué manera podríamos librarnos de él por una semana? — siguió diciendo la traviesa criatura.

—¡Yo no sé!...

—¡Calla! ¿Cómo se llama aquel restorán donde compran el pescado en casa del anticuario?

Hablaron en voz baja concertando un plan.

Llegó Eisman y Lorelei se echó mimosa en sus brazos:

—¡Papaíto!...

—¡Hijita!...

Tras las demostraciones de rigor, Lorelei dijo:

—Has llegado a tiempo para almorzar con nosotras...

—¿Dónde iremos a almorzar?

—Conozco un restorán donde la especialidad es el pescado...

Después de hablar de la vida en París, los tres amigos marcharon al restorán de marras.

Allí las dos muchachas obligaron a Eisman a tomar mucho pescado, mientras ellas no lo probaban alegando que no era de su gusto.

Y ocurrió lo que debía ocurrir.

El pescado era pasado y el pobre rey de los botones comenzó a sentirse mareado.

—¡Me encuentro mal... muy mal!... — decía.

—¡Papaíto!

—¡Ah, qué horror! ¡Le dan a uno *poison* y encima lo anuncian! — dijo Eisman señalando un cartel.

—Pero, ¿y qué? — preguntó Lorelei sin comprender.

—¿No sabes que *poison* con una s en francés es veneno y con dos es *pescado*?

Las muchachas transportaron a papaíto en automóvil hasta el hotel. Ya allí el desventurado tuvo que meterse en cama acometido de violentos dolores en el estómago.

A lo menos estaría ocho días enfermo... Y entretanto Lorelei podría hacer de las suyas con Spoffard.

* * *

Y ocurrió lo que ella había previsto. Durante una semana visitó lo peorcito de París acompañada del millonario yanqui, los dos con el afán de moralizar costumbres...

Una enfermera enteró de todo ello al señor Eisman.

—Hace ocho días que no hace más que salir todas las noches con ese míster Spoffard... Y tengo entendido que van a unos sitios muy poco decentes para una señorita...

—¡Ah, yo aseguro que acabaré ésto!...

Y vistiéndose rápidamente se dirigió a la habitación de su amiga, esperando allí sentado en un sillón.

A altas horas de la noche llegaron de regreso de un cabaret, Lorelei y Spoffard.

—Con mucho gusto le invitaría a pasar a mi habitación — dijo ella —, pero no me parece correcto a estas horas de la noche.

—¡Oh, naturalmente!

Ella abrió la puerta y su sorpresa fué enorme al ver a Eisman reclinado tranquilamente.

Entró furiosa, seguida de Spoffard, no menos sorprendido que ella.

—¿Qué hace usted míster Eisman en mi habitación?

Spoffard preguntó también, furioso:

—Eso es exactamente lo que yo quería preguntarle. ¿Qué hace usted aquí?

—Soy un antiguo amigo de la familia de esta señorita y como tal estoy dispuesto a pedirle explicaciones por haberla llevado a varios lugares de reputación dudosa — gritó Eisman, amenazando al millonario.

—¡Esto no es vriedad!...

—No mienta usted porque es mucha la gente que les ha visto. ¡Ah, desgraciado! ¡Ha mancillado el nombre de esa señorita! — rugió el rey de los botones.

Spoffard alejóse lentamente, casi con lágrimas en los ojos, avergonzado de que tan mal se comprendiese su conducta...

Lorelei dispuesta siempre a aprovecharse de la situación se acercó a él y le dijo:

—Ese caballero antiguo amigo de mi familia dijo que usted había mancillado mi apellido.

—Pero, señorita...

—¡Ah! ¡Ah! ¡A estas horas todo París debe estar hablando de mí! Y usted tiene la culpa porque me llevó a esos sitios tan malos con usted.

—Fué sin mala intención.

—¡Qué desgracia, Dios mío! — dijo fingiendo gran tristeza—. Soy una pobre muchacha indefensa sin un marido que la proteja...

Entonces Spoffard la miró con inquietud y viéndola tan triste la dijo con todo el fondo honrado de su alma:

—¡No se preocupe usted más! ¡Nos casare-

mos y así acallaremos los infames murmuraciones!...

—¿De veras? ¡Oh, Henry! —dijo loca de alegría, viendo definitivo su triunfo.

—¡Sí, Lorelei!... Y si no hubiese ocurrido éso, yo también creo que habría acabado por amarla... Me gusta usted... Siento una gran predilección por las mujeres rubias.

—¡Gracias, Henry!... ¡Qué bien! Pero... —dijo con ingenuidad—, no me parecerá que estoy prometida hasta que no tenga el anillo...

—¡Tome éste!...

Puso en sus dedos una valiosa sortija, y la joven dijo:

—Es muy bonito y lo llevaré con mucho gusto hasta que podamos ir mañana a la joyería de Cartier, la mejor de París.

Luego fueron a ver a Eisman que se hallaba con Dorotea y les contaron su compromiso... El papá aceptó de buen grado la solución... Dorotea miraba dulcemente a su amiga, admirada de que hubiese conseguido al fin casarse con un millonario...

* * *

Y se casaron... Y como en los cuentos de hadas fueron felices. Tras de aquel interés llegó el amor y Lorelei quiso verdaderamente a Spoffard que fué un marido modelo.

La encantadora rubia devolvió la diadema a la señora Beekman. Le bastaba con las joyas de su marido...

Luego el matrimonio volvió a América a reu-

nirse con los padres de ella que admiraron la odisea de su hija al verla llegar millonaria.

Y el señor Eisman no abdicó por éso de su título de "papaíto" y siguió cultivando el afecto de la dorada muchacha.



—¡Nos casaremos y así acallaremos las infames murmuraciones!

Dorotea volvió a su vida de sociedad... Era feliz... Eisman le había dicho que estaba dispuesto a casarse con ella.

Y la sonrisa de la dicha brilló para todos...

F I N

Esta semana:

Número Almanaque

de

LA NOVELA SEMANAL

CINEMATOGRAFICA

para

1 9 2 9

Alarde de buen gusto artístico y literario,
como todos los años

Regalo de un lujoso álbum para coleccionar
las postales de L. N. S. C. de 1928

[B.]